

LOS CÍRCULOS

© 2012 Astrid Fugellie Gezan

© 2012 Editorial La Trastienda

Echeñique 5903-A, La Reina

Santiago, Chile, C.P. 7850000

Teléfono (56-2) 7160831

E-mail: latrastiendaeditorial@gmail.com

Registro de Propiedad Intelectual N° 70.071

I.S.B.N.: 978-956-7158-26-6

Diseño de portada: Cristóbal Ladrón de Guevara B.

Retrato de la autora: Malu Ortega

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley
y bajo los apercibimientos legales previstos, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento,
ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático,
el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra
sin la autorización previa y por escrito
de los titulares del copyright.

Primera edición: Santiago, 1988

Segunda edición: Santiago, 1996

Tercera Edición: 2000

Cuarta edición: Santiago, mayo, 2012

Impreso en Dimacofi

LOS CÍRCULOS

ASTRID FUGELLIE GEZAN

4º. Edición

poesía



Palpa mi corazón
me siento sola.
Destripada al tacto
de las manos
innumerables,
de los ojos
desfigurados
en el taciturno crepúsculo
de los Dioses.
Palpa mi corazón
y pálpame
sin horas, sin espacios.
Encontrarás la soledad
de los abismos.
De la sangre,
sin duda.

CÍRCULO A

S I L E N C I O

CÍRCULO B

Y dijo: —Morirás ciertamente, a manos de tus ojos.

el gran círculo

Al inicio el Gran Círculo posó
las inmediaciones de la nada.
Fortaleza bramando en el din
de la vida,
en el don de la muerte.

Era el tiempo cero.

el mediano círculo

Hay un Mediano Círculo en postura
de redondear mi pensamiento.
El que se retrospecta, avanza
y vuelca por mis ojos.

Mis ojos, fotógrafos del asombro.

Y dijo: —Ya verás, ya verás, reventarás por tu grito.

el pequeño círculo

Hay un Pequeño Círculo,
embudo coaguloso,
por donde baja el huevo del vagido.

Aullido echado en los cuerpos
como un pájaro negro en postura
de anclar el grito.

Grito por donde me largo
a redimir
la malasombra del hombre.

CÍRCULO GRIS

los incidentes

Con la tragedia a manos de la espalda
mis alas emigraron.

Al salir
supieron que un migajón de sangre
las vomitaba desde el im-
pasivo microcosmos
al delirante macrocosmos.

Sin duda
se me había nombrado Punto,
Boca-aménica en medio de los cerros volcados
hacia el espacio enorme.

De forma inesperada vi surgir la cordillera:
Prendida entre estériles astros
me advirtió con voz ahogada:

—Serás mueca en el hoyo sideral de los salarios.

—¿De qué salarios hablas?

Despegando de la helada carne sus manos
tomó de las lomas de la noche
una tipia, un copihue, un aroma.

Luego,
sin más ni más, repuso:

—El que vive en el ámbito donde
nos
deformamos.

CÍRCULO NEGRO

Y, al efecto, comunicó su exhortación diciéndome:
—Recibe de buen grado esta Muertevida y te
elevatoré
a la dignidad del adocenado

la desollada

—Vivirás las costas que dan a la Isla
de los Fuegos.

Soy huesa santa, me parieron aquí
sin consulta previa.

Me vomitaron y después dijeron:
—¡Salud!, hasta que te crezcan
gusanos y flores.

Óyeme, mírame desollada:
El primer hueso indigno que llevo puesto
es la cicatriz en el vientre que me trajo.
A la Fiesta Negra, el segundo hueso,
el tercero
y los despreciables que le siguen
se dejaron caer en advénticos discursos:

—Formarás un familia de dos hijos
varones,
un perro sin edad aparente y un conejo
que
de improviso
morirá destrozado por el hocico necio
del canino.

Me movilicé, entonces, arrastrando
el tintinear de mi osamenta,
tajada de campana que llama a misa de gotitas
a animales y muecas.

CÍRCULO C

la identidad

1

Cierto día me dormí y desperté intuyendo
ser vida y muerte al mismo tiempo.

Luna del sol que acaba.

Cruz de pubis y estambres sin número
ni género.

2

Acepté mi equivalencia: Lirayén Millahue.

Lavé el llanto de su cara,
el sudor de sus manos,
de sus piernas.

3

El beso del universo me volcó
como un anillo en el anular
del espacio.

4

Inicié la curva de mis propios planetas.

CÍRCULO GÉRMICO

los pasos

1

Por veces sucedido, por otras
que pueda acontecer
el punto, la Semillabíblica continúa
siendo la pregunta, el milagro.

2

Trago mi sorpresa,
lanzo el vagido de la noche y se hace
de gritos mi primer día.

3

La denuncia, la observancia,
la depresión,
son mis abatidos diálogos
el tarareo compulsivo que emite
la vida.

4

Me quejo del siglo ataviado de
Pinturas Negras,
brutal distracción de los instintos
donde convergen el hombre
y los pájaros
como en el mutilado de los acontecimientos.

5

Tengo miedo de quedarme muerta sin
conocer a Dios
a su A a su Z, modo de enaltecer
la propiamipropia miseria
a imagen
y semejanza.

6

A finales de siglo los huesos
me quedan cortos y los nervios dorsales
me duelen: vivo muerte prematura.

CÍRCULO TRÍPTICO

gobierno

Podría ser mi primer y último acto:
Te llamaré Pedro o Rosaura.

Quizá tu quieras enrgullecerte
de ser mujer.

Los nombres son de frío, de música
de piedra.

Mi vecina se llama Nieves,
mi vecino Nicolás Danza de Roca.

Para rondar la tierra no pido
permiso.

Los magos son de luna y la luna
almuerza con Dios y su aquelarre.

instable

Tiemblo en las buhardillas de la noche,
habitaciones de adobe y tabla
donde el escalofrío de los libros
y la oración de la piel me fracturan.

Es imposible abarcar lo vivo,
lo muerto, lo misterioso del hombre.

CÍRCULO TRISTE

el encarcelado

1

Me dijo: Quien se mofa de Dios está
llamado a combatir su furia.

Grité: —¡Si existe!

2

La tierra se había hecho con algo
de greda y verduras goteadas
por el llanto.

Allí vivía el hombre encarcelado.

Coser los yins gastados de la tierra,
cocinar la masa negra,
pagar lo eléctrico a las cúpulas atómicas.
Luego
esperar que se caigan los dientes
a pedazos.

3

Padre Nuestro que estás en la cárcel
crucificado.

Crucificando, crucificando, crucificando.

Y dijo: —¡Vamos malnacida! ¿De qué fiesta retinta vienes?

CÍRCULO EXALTADO

el poeta

Rondaba su creatividad, el bululú
de la composición.

El poeta decía: —Puedo crear imágenes.

I Las piedras tienen ojos generosos.

II La luna es el pan eucarístico de la noche.

III El sol tiene raíces amarillas.

Y sostenía:

—Lo que digan mis imágenes da lo mismo.

Al oírlo,

el Círculo irrumpió en furia de tolmo:

—¿No has pensado en tu pueblo?

Sobre el pecho de la tierra

fluían las lloreras del malcomer.

Uno, diez, cien, mil hombres en in-

mutable estado de necesidad

morían.

—No lo había pensado, repuso el creador
cabizbajo.

CÍRCULO HUECO

Dijo: —se me escapó de entre los dedos.

La fiesta negra de la creación

1

Apáguese la negra fiesta de la creación
porque sus esponsales fueron de Dioses
con cuello y corbata
y avíense los fuegos de la sangre
en memoria de mis siervos.

2

Porque ahora y en la hora los falsos jubilosos
negaron crecer cantando mis alabanzas.

Y destaparon cráneos y saquearon cuerpos.

CÍRCULO Ch

Dijo: —No llores en Inglés o en Francés. ¡Llora en Chilenito!

mariagua mediagua

Y dijo Jesús:

—De los desposeídos será el Reino
de los Cielos.

Y yo dije a Jesús:

—Así sea.

Y Jesús rió.

Y yo reí como Jesús.

Y dijo Jesús

—¿Cómo te llamas?

Y yo dije a Jesús:

—maría

Y dijo Jesús:

—Como mi madre.

Y yo dije a Jesús:

—No, mi nombre es mariagua mediagua y soy
de Chile.

Y dijo Jesús:

—¿Dónde queda Chile?

Y yo reí-estigmada.

Y Jesús comenzó a
sangrar.

maximiliana pirul

Y llegaron los días en que el dolor de la Patria debía hablar.

Y llamé a Maximiliana Pirul, que era madre de José, el cantor parroquial y le dije:

—¿Por qué lloras?

—Aprehendieron a José mi primogénito.

—¿De qué lo acusan?

La mujer-abnegada repuso entre dientes:

—De tener la voz como caída del cielo.

CÍRCULO G

angelina quilleleo

—Se me han endurecido las palabras, rezongó Angelina Quilleleo.

Luego agregó, con la frente clavada al confesionario:
—Cuando era moza podía hablar de los ojos de los árboles,
de los troncos llorosos de la luna,
de las caras de las tortillas madurando sobre el fogón.

Entonces los campesinos y el runrún de los Temus me decían:
—¡Qué bien cantas con palabras, Angelina Quilleleo!

—Un día, cuando en abril era julio, un mercader me refirió la capital: «Es un hechizo, dijo: los edificios son espejos encantados. En ellos puedes verte de cuerpo entero o al revés, (con la cabeza pegada al pavimento y los pies como perdidos en el cielo). Además, no escasea la harina, ni la azúcar, ni la plata».

—Me vine, pues, señor cura, susurró Angelina Quilleleo, porque el Norte era la tierra de los elegidos.

—Pero no había azúcar, ni harina, ni plata y los edificios me daban el mismo miedo que alguna vez me inspiraron los chuchúes que habitaban los cuentos de mi abuela Fresia, que además de vieja y pobre, era sabia.

—Y así, las palabras se me endurecieron y he debido hurtar menestras a la mala muerte.

—Confieso que he pecado, sollozó Angelina Quilleleo.

La ventanilla del confesionario se abrió. El cura y la mujer se miraron.

El cura, con visibles hilillos de sangre en la frente, dijo:

—Anda mujer, no hay penitencia.

CÍRCULO M

lucrecia millapi

Fresia Millapi tenía una hija llamada Lucrecia. De la voz de Lucrecia Millapi se decía: Es dulce como el canto que se aprende de la cuyuca. Y de su pecho emotivo: Se lo prodigaron las loicas.

Lucrecia Millapi ayudaba a su madre. Cuando ambas salían cargando las sábanas, las pobladoras secreteaban: Se le parece a los ángeles.

Lucrecia Millapi murió siendo niña y Fresia, su madre, lloró tres largos días y tres noches largas, al cabo de los cuales le sobrevino el consuelo: Bueno, pensó la mujer, Lucrecia no merecía mi suerte.

CÍRCULO P

manuela collío

Ha de ser una Vara de José el bien-humor
de los pobres,
un nardo que al romperse no puedes rehilar.

Conocí pocas mujeres que hubieran vivido
pruebas de violencia y dolor
con el humor in-vencible
de Manuela Collío.

Lenta de pies y manos, por herencia,
solía elaborar la delgada merienda
para sus hijos que tenían en común,
ser helados de piel y ojos.

Tarareando la manuelita,
arrebujaba la olla de los días sin tino
y sacando el pecho como el payador de los cielos,
lavaba, planchaba, o cosía los harapos que legaba
de la calle.

Manuela Collío era singular,
(ni la bofetada de la noche le ganaba aspereza).

Acuclillada bajo la puerta de la mediagua,
hundía las manos en su vientre donde la pulpita
parecía no latir.
Así y todo decía a donnadie:
—Llegarán tiempos mejores.

Luego:
como si pesaran sobre sí los frutos del alba,
clavaba en el cielo sus ojos saltones como mechas
de un farol encogido de hombros.

CÍRCULO PRECARIO

el infeliz

Tendría edad de pájaro insolente
cuando mi padre ordenó entrar al colegio:

—Acatarás la forja de mis tundas,
la de los maestros y no dirás «ni pío».
¡Lo harás, hijo!

—Sí, padre,
(al buen tuntún, porque era niño).

Luego vino la adultez y algún Mayor,
que no era su padre, ordenó:

—No tendrás voz ni voto.

Concluida la disposición,
anudó al hueso de su antebrazo
un signo brutal que pendió como una aureola
llena de cenizas.

—¿Lo harás?

—¡Sí, mi Señor!
(algo emperrado porque era hombre).

Finalmente la senectud lo alcanzó hosco,
puro huesito,
y una sombra, que no era la del Mayor
le interrogó entre dientes:

—¡Vamos viejo! ¿A qué le debes la sobrevida?

CÍRCULO AQUELÁRRICO

Dijo:—Los Heraldos Vallejanos, el Hamlet doloroso y todos los escritos del hombre y todo lo maldito de Dios logran su vigencia en esta larga y angosta faja de tristeza.

noche de brujos

Un ruido semejante al ataque cardíaco de Dios
hizo su aparición entre las hojas:

—La montaña está enojada porque golpea, susurró
el hijo.

—¡Truenos!, gritó el padre.

La madre pensó,
ráfagas.

Donde vivían las hierbas, algo se violentaba.
Acaso alguna bestia tratando de compensar
su hambre.

—No son truenos, dijo el padre.

—No, porque el monte duerme, aseveró el hijo.

La madre que tenía los mejores ojos
concluyó en un grito:

—¡Brujos, son los brujos de la queda!
Algunos iban a pie, otros en enormes celdas
rodantes.

Por entre las arboledas, hurtando vidas,
los cucos se deslizaban con sigilo.

el largoangosto valle de las lágrimas

1

Y Aucano dijo a Dios: —¡Maldito seas Dios mío, porque permites que los brujos del bosque nos flagelen!

Y Dios miró los ojos heridos de los naranjos soles de la tarde bajando hacia los ensangrentados ojos del valle.

Con estupor, luego, miró los ojos enrojecidos de Aucano y dijo: —Heme aquí junto a ti. ¡Maldito yo, maldito tú, maldito este largoangosto valle de las lágrimas!

2

Prosperaba sobre las rocas el Temu, árbol sagrado del crepúsculo, cuando, sobre sus ramas se posó el ave. Era la Thenca que deambulaba desde las serranías hacia el empedrado de las costas.

Al verlos, Dios suspiró aliviado y penetrando en la savia del árbol y en el corazón piadoso del ave dijo a Aucano: —Heme aquí; Soy la Thenca y el Temu. Apégate a mí para que los cucos del bosque no te hallen.

Y haciendo caso al consejo, Aucano lo abrazó y su cuerpo se cubrió de plumas ceniza, manchadas de pardo y de blanco, y sus miembros de corteza colorada. A su vez, poniéndose el vestido del hombre, Dios dijo: —No temas, sé donde esconderme.

Los pasos cordilleranos caían abruptamente hacia los verdes ojos del valle.

La tarde había dejado de existir entre los turbios nubarrones que, como perros negros enardecían el odio de los brujos en la búsqueda sangroensangrentada: —¡Allí está!, —y detonaron sus armas.

Agarrado a las cuchillas de los cerros, como extraviado del cielo y de la tierra, Dios caía de rodillas, mortalmente herido.

CÍRCULO ENSÁYICO

el arte de llevar de la barba a sus muertos

Guampo, el fantasmalegre de las ánimas, habitaba una Gruta descolgada del atardecer.

Su risa la había sacado de los ojos de la Puesta, y su lenguaje de la voz primiva de la luna: Así, todas las lunas guturales lo entendían.

Lejos de la caverna existía Nicasia, vivamortajada por la impiedad de las grandes ciudades.

Todo abandono era su cómplice.

Un día el Único, venido a menos por la secuela de sus malas obras, elaboró el adventicio: La hallada entre el aparecido y la intensa.

Con torturado humor se preguntó, sacando a plaza su profesión: ¿Qué pasa si uno el mundo de los hombres con la armonía de las almas en pena?

Sin esperar responderse, puso en juego la tentativa.

Maduraba el sol sobre los bosques cuando Guampo advirtió la presencia. Era Nicasia quien, opacada por las sombras canosas de los árboles, se desplazaba con sigilo alrededor de la guarida.

—¿Quién vive?, preguntó la joven acurrucándose a un costado de la puertamística.

—Yo, repuso Guampo, mi Gruta está habitada de visiones.

—¿De qué color?

—Algunas púrpura, otras doradas... ¿Qué sé yo!... Inter-

cambian ideas con la voz del arco iris.

—¿No has sentido miedo?

—Los muertos carecemos de recelo.

—¿Por qué, no tienen gobernantes?

—Mi padre-dios, viejo sabio misericorde con su pueblo:
conoce el arte de llevar de la barba a sus muertos.

El diálogo se suscitaba espontáneamente. Guampo, que reparaba la Gruta para continuar el sueño de su dios-padre carente de egotismo, hablaba con soltura inciensando esa otra dimensión tan curiosa para Nicasia. Por su parte la viva, sorprendida aún por el hallazgo, le oía con atención.

—¿Quieres entrar?, podrías escogerme de entre los enterrados.

—¿Cómo puedo reconocerte?

—Camina por el centro del canto para que me oigas.

Nicasia penetró a la Gruta. La lluvia se reclutaba con lentitud de moribundos.

—No te veo y tu Gruta me acobarda.

—¡Guarda el julepe para los farisaicos serviles! Yo porto la gracia y la realidad de los muertos.

—¿Y es verdad que no sientes miedo?

—No, el miedo sólo entra por la piel caliente de los vivos.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo supe cuando habitaba tu mundo y los poderes dividían la tierra para Reinar. Has de saber que antes

de ser Guampo fui Celidonio Manquecura, cura de los desvalidos y saqueados, para cosechar divisas.

Nicasia guardó silencio, luego agregó: Ahora comprendo por qué tu gruta llamó a mis ojos chascados, ¿me amarías después de muerta?

Transportado de contento Guampo la miró, y en un impulso sin paga hundió siete veces su catadura luminiscente sobre el vientre yabierto de Nicasia.

—¿Qué haces?, preguntó la moribunda con una sonrisa mezcla de hogar, mezcla de cielo.

—Lo sabrás, repuso el fantasma, estarás al corriente cuando tus latidos se apaguen para virar hacia el espeso sueño de la noche.

CÍRCULO ABORTADO

Dijo: —¡Pobre cría echada, a vista y paciencia de Dios!

Y habiendo llegado Jesulina al extraño país de su hermana Sara, ésta, con enormes gestos de alegría y dolor la abrazó. Ambas lloraron.

Tras enseñarle Jesulina sus regalos, y Sara, su casa, la transplantada irrumpió como para despojarse de una cruz demasiado violenta:

—Jesulina, advirtió Sara, desde nuestro sur han subido noticias alarmantes.

—¿Cuáles?, interrogó Jesulina, simulando trabar una cuerda para aminorar las aflicciones.

—No sé, pareció titubear Sara. Algunos cuentan que los veladores del ganado, esos endurecidos por la helada y más sabios que el propio Mesías, debieron cruzar las alambradas en busca de un dios-benigno. Ya no quedan ni residuos de ellos. ¿Es verdad?

—Verdad Sara, cruzaron la frontera. Unos quedaron enredados en las púas de dardos criminales. Otros, prefirieron emularse como magos. Sus esqueletos cesaron, petrificados sobre la piel aviejada de los guanacos.

Sara, impaciente se deshincó. Caminó con lentitud al ventanal. Tras un largo suspiro, apoyó sus puños sobre el vidrio.

Jesulina presintió, por su actitud singular, la impotencia que la estrechaba.

Sara miraba al cielo como tratando de encontrar el árbol de los justos y el aike reanimador de los hombres.

—También me dijeron, agregó con tono pausado la repatriada, —que la familia Malhue Morliqueo, la abuela Rosa, ¿recuerdas?, matriarca que oraba ante la precaria mesa para luego beber a largos sorbos el sancú de maíz y condimento, y sus nietos Elías, Braulio, Auristela, que vivían haciendo cantaritos de greda con la nalca del pangue araucano, murieron a manos del año. ¿Es cierto hermana?

—Verdad Sara, la Técnica reemplazó su menestralía y debieron recurrir al mínimo empleo que les impidió mordisquear la tortilla del sol de la mañana. Así, se fueron desgajando uno a uno.

Auristela que cayó en la calle, fue a dar a la Posta por misericordia de algún bien nacido: «La mató el hambre», diagnosticaron.

Sara permanecía aún en el ventanal pero su mirada, del cielo se derrumbó al piso.

Los nudillos blanqueaban y las venas se podían ver a diez metros hasta el dolor.

—Llegó carta de Rosario: Me dice que Sofanor, Darío y la buena de Juana Huenumán, que se reunían en el sindicato por las tardes para extraer a tirones la

indulgencia de los que están más acá de las estrellas, fueron torturados y muertos.

—Sí, aseveró con angustia Jesulina e intentando ser breve en la respuesta, concluyó: —Juana Huenumán vomitó sangre. Sofanor y Darío quedaron mudos, pegados a las rejas.

Un silencio elocuente inundó la habitación. Sara, volviéndose con lentitud, caminó hacia el sofá donde estaba la viajera y se arrodilló junto a ella.

La turista miró a Sara: En breve tiempo el rostro de la re-plantada había envejecido catorce años o más, y por las gotas que se negaban a permanecer en la trastienda de sus ojos, Jesulina sintió que era inútil mostrarle, además de tanta inmisericordia, que ella también traía el corazón cano.

El gráfico silencio volvió a arriar por la pieza.

—«Nació un cura», se burló amargamente Jesulina, y alzando con ternura las manos acarició la cara desfigurada de Sara. Luego, descaecida, abandonó el lugar y caminando hacia la ventana se dio de bofetadas contra la noche.

el ex-patriado

Debiste abandonar Chile, no sé con qué doloralivio
las cadenas:

Los hombres caminaban supuestamente in
móviles.

Esperamos a que todos se durmieran
y en un decir Jesús
estuviste abortado, al otro lado del cielo:

Pecho del cielo lo cristianaste.

(Cuando soñabas,
cielito rojo, te oí).

Ahora cuentas, de la otra parte,
ulcerado por leyendas y otros hechos:
—Hermana, no ha sido fácil.

CÍRCULO IMPÍO

fiesta de guardar

1

Los fieles que habían venido a la Fiesta de Guardar salieron a recibir al Señor Cura y clamaron:
—¡Hosana, bendito el que viene en nombre del Señor!
Y Josefina preguntó al esposo: —Eliazar, ¿Por qué callas?
Y Eliazar repuso: —Mi cesantía, Josefina, ya no creo en los milagros.

2

Josefina miró con dulzura al esposo y cayó en profundas cavilaciones.
Recordó su niñez: Los Dioses de Terracota hacían milagros, pensó.
Josefina observó a los Santos: algunos estaban trizados, otros sin ojos.
—Se gastaron con el rezo de los fieles y los pobres, concluyó.

3

Al terminar la misa, los corazones en falta alabaron el sermón y la obesidad del Señor Cura y abandonaron la capilla.
Sólo Eliazar y Josefina permanecieron reclinados, absortos en su miseria.

CÍRCULO RÍTMICO

cueca

Deberé encontrar algún lugar en la memoria,
la que me resguardó en el principio inmenso
de tus ojos
respirando la calma aparente de los lobos
y los brazos
y los bozales
Tiquitiquití, tiquitiquitá.

Y los bozales ;Sí!
yo te lo digo
que parece que lloras
como el olvido.

Me instalaré a un costado de la membranza
y como una larga cueca ventearé el pañuelo
mojado por tu cara,
la que a zancadas fue muriendo y entre
taco y taco
fue tragando más preguntas que respuestas.
Tiquitiquití, tiquitiquitá.

Más preguntas ;Sí!
yo te lo digo
que parece que lloras,
llora conmigo.

CÍRCULO ROJO

Dijo:

—Por más que quieras amarlo, no lo hagas. Antes, ve allá donde las velas queman. Después, si las quemaduras no te matan, ámalo.

el encarnado

Sucedía el otoño a los crepúsculos
cuando llegó tu luz.
Cuando me cegó tu luz.

—¡Mi nombre es Círculo encarnado!,
dijiste
y te prendiste a mi pezón
como el desprotegido de mis hijos.

CÍRCULO ABIERTO

icoquih

1

Por ahí campaneabas
arrinconando contratiempos:
los lechos lagrimosos y el jadeo
de la noche.

Pensé:
Icoquih, ¡lo llamaré Icoquih!

2

En la angostalarga tierra
había poca claridad.
Presurosa
amarré tu señal
al hoyo negro de mis ojos.

Te dije:
—Icoquih, Icoquih,
como la grandestrella que asoma
antes que el sol.

CÍRCULO FÁLSICO

el forastero

El forastero se acercó a la mujer y le dijo:
—Si me lavas los ojos me acostumbraré
a tu rostro.

La mujer vació el cántaro de agua limpia
por la conjuntiva enrojecida del extraño.

El forastero parpadea, y fija su mirada
en el camino.

CÍRCULO AZUL

Dijo: —¡Vamos Astrid! ¿Qué insecto te hirió?

—¡Su amor no valió la pena!, le grité a la Boca.

—¿Por qué me dices eso?

—Cuando tenía doce años me enamoré de
Diego,
del hermano de Diego,
del primo de Diego.

(disfrutaba de memoria virgen y pechos
desnudos).

La familia de Diego congeniaba con las flores
y gozaba del secreto desafiante de los «Juanes».

Así sufrí por las mañanas, las tardes, las noches.

Un día, cuando lloraba mi historia inútil,
vino la nostalgia y me secó las lágrimas:
—Astrid, si un amor te daña, déjalo.

Entonces abandoné a Diego, al hermano de
Diego, al primo de Diego.

La Boca reflejó un gesto duro en los ojos:

—Eres cruel al gritar tu descontento: ¿Quién te dijo que el amor es dulce, o alguna vez has crecido sobre un frasco de miel?

—¡Su amor valió la pena!, grité a la Boca y mis alas se abrieron.

CÍRCULO INMACULADO

Y en brazos de la preñez, empeñó su palabra:
—Seré la fiel de mi hijo en todas las rúas
y llevaré la maternidad al extremo
aunque los Oráculos me ulceren

maría santísima

Dios era tierno como un lactante
y ya me acomodaba al fondo de tus ojos.
Con las dos caras de mis dedos
apretaba el pezón de la agonía.

Pensaba, o por lo menos así lo creí,
dar rienda suelta a la leche.
La leche descendía de la mejor nodriza de la tierra
y la tierra venía germinando de la primera mancha.

Ocurría todo esto en tiempos remotos,
si bien a lo remoto se le puede dar un nombre.

santa leche

Nuestra Señora lloraba en las cuencas del cielo
y el Divino Cordero preguntó:

—¿A qué vienen tus lágrimas?

Entre suspiro y suspiro la Virgen repuso:

—Siento dolor hijo mío.

Y el Cordero de Dios insistió a María:

—¿Te duele el pecho, los medios pechos acaso?

Mirando la Inmaculada al Nazareno
señaló sus mamas flácidas
y como volviendo a la misma canción dijo:

—Mira Jesús, cuando te amamantaba
el dolor era tan dulce
que hizo jubilosa mi lactancia.

Después, cuando el pan y el vino fue necesario
a tu cuerpo

y mi jugo se enquistó por abundante,
apreté el pezón de mis pechos y lo derramé,
en nombre tuyo y del espíritu,
por toda la vía láctea.

Como ves, concluyó la ingenua, hace siglos
que no duelen.

—Entonces, interrogó el torturado en su cruz:

—¿Por qué lloras?

CÍRCULO V

esterilidad

Es una hermosa noche —dijo— caminemos,
te quiero hacer in-mortal.

—¿Cómo?

El agua de la edad te gotea.
Un hijo deambula por tu vientre
repleto de vagidos y flores despuntadas.

—No, repuse al borde de la locura; los hermanos
y primos-hermanos del jaguarzo
(al trote de un caballo negro)
me arrancaron los ovarios y vaciaron mis pechos.

—¡Qué triste!, aulló el ductor y mirando hacia
la noche propuesta
echó a correr mi muerte.

—Serás mi primer mortal.

Luego, pateando las hojas secas del abismo,
agregó: —Te enseñaré las primeras técnicas
del vacío.

CÍRCULO OCRE

américa carinegra

Y el Norte dijo al sur:

—Mi nombre es Dios Padre Todo Poderoso.

Y el sur dijo al Norte:

—Sí.

Y el Norte dijo al sur:

—Empeñarás tu lunario y tus manos
a mi eterna condena.

Y el sur dijo al Norte:

—Sisí.

Pasaron las estaciones y vino

la descendencia:

el Norte dio a luz cancerberos de bronce.

En su pobrería el sur

sombras paradas.

Así vivieron felices e infelices

entre rejas.

Cuando llegó el día de la muerte de los cuerpos

los cancerberos subieron al Norte y las sombras

bajaron por los ojos sucios de la noche.

1

En el sur,
en el amargo hemisferioamargo chorreado de silencios
vivían millares de hombres en sacros cuerpos masacrados
habitando el hambre.

Mamahambre, la llamaban los callados encallados en el sur.

En el sur,
en el amargo hemisferioamargo donde el llanto y la sangre
lloreaban la misma voz,
allanados uno a uno los millares comenzaron a morir
y el corazón de Mamahambre dejó de pulsar.

2

—Murió Mamahambre, noticiaron unos y otros: Los del Norte
y
los del sur.

Los del Norte; Monopólicos Patronos echando su condescendencia
a la broma
y sus campanas al vuelo.

Los del sur,
violáceasombras, de pie,
enfilando hacia sus nichos.

CÍRCULO PATAGÓNICO

la matanza

Unos dijeron: —¡Blanquearon nuestra sangre!

Otros: —¡Masacraron nuestras canoas de corteza!

Muchos agregaron: —¡Nos cortaron la oreja y hurtaron nuestra nutria!

Toda la raza se acopló al testimonio:
—¡Quedamos a la intemperie de las heridas
venéreas!

—Entiendo, repuso el dios indígena tironeando
su lío de huesos.

Luego,
con el cráneo seco de lágrimas y los ojos
llenos de pérdida
se disgregó muerto de alma
por la cara nocturna de la tuberculosis
Divina

CÍRCULO U

la urañada

Y el Dios-Blanco interrogó al dios-negro:
(el dios-indígena que había sido provisto
del corazón formado, entre queja y queja,
por el buen criterio de la canasta vacía).

—¿Te arañaron mis hijos?

—Algo, repuso el dios-indio, tuerto de ojo
por el rasponazo.

—¿Escarbaron tu luz, por no decir te dejaron
ciego
por los siglos de los siglos?, insistió
el Dios-Blanco.

—Me desarraigaron del sitio de la raíz verde.
Arrasaron con mis ojos y me asparon a gritos,
(sentí dolor y frío en el cuerpo descorporado,
sentí frío y dolor en mi raza).

—¿Te caducaron, te mataron a palos?

—No fueron palos de ciego, dieron en el clavo
del hambre de mis hijos.
(Mis crías fueron a parar, anterior a su
venida,
al fondo de la noche deseosa
de humanos animalitos).

—¡Oh!, exclamó sonriendo el Dios-Blanco
al tiempo que
cepillaba su abdomen abultado
con manosmarciales:
—¡Qué araña tan guapa ingeniaron mis
predilectos! ... ¡Deberé condecorarlos!

CÍRCULO EXTERMINADO

raulina yagán yagán

Raulina Yagán Yagán, la última yámana de Tekenica y de Ukika, poblados de nutrias y sembraderos vecinos a la crueldad de las redes y el mar, murió un diez y siete de abril de mil novecientos ochenta y siete.

Raulina Yagán Yagán no dejó más descendencia que uno que otro tejido a telar, que la infeliz hubo de aprender para sobrevivir, porque el mínimo empleo repelió su oficio de entrelazadora de canastos y canoas en miniatura.

Y así, Raulina Yagán Yagán, la última yámana de Tekenica y de Ukika subió a los cielos donde Pedro, en nombre del Dios Padre Todo Poderoso la recibió:
—¿Tu nombre?

—Raulina Yagán Yagán, repuso la indígena con la cabeza gacha, y luego agregó, Annu lalayala...

—¿Qué dices?, interrogó el Blanco Santo.

—¡Los he dejado!, ¡Ya los he dejado!, ¿Dónde puedo encontrar a mi padre dios yámana?

—¿Tu dios padre yámana?, ¿Te refieres al dios padre de los yaganes?, insistió algo desconcertado el bueno de Pedro.

—¡Sí!, sí!, se esperanzó Raulina Yagán Yagán.

—Murió, Raulina, tu padre dios murió el diez y siete de abril de mil novecientos ochenta y siete, en la tarde.

CÍRCULO X

divino remordimiento

A instancias que mis hijos
destruían las murallas de su piel
y la piel de la Tierra se obstinaba
contraria a la invocación de sus árboles
(la tierra poseída de boatos demonios)
Yo, Hijo del Creador,
hocicado contra el ánimo de mi Jefe,
enojado con Él:
mi propio padre al que nunca conocí porque
—según cuentan—
era hecho de puro espíritu,
fui retrocediendo a mi País temposo
y grité a los fosos de los cielos:
—¡Me arrepiento de haber creado a los hombres!

Después,
con muy mal talante por la inocencia de mi cargo,
maldije la des-presencia de mi Superior
y condené su acto irresponsable que me volvió
cómplice
para el altar de los holocaustos.

Terminado mi repuebo,
valiéndome de la monta que aún gozaba,
lloré como para lavarme del mal hecho.
Lloré, lloré, lloré y mi planto se plantó
a la hora del último aviso sobre las mudanzas
que los mamados en lacra.

Cuando nada quedaba
y hasta yo era un puro vacío en medio del nubo,
se presentó voluntariamente el Des-Conocido:
—Soy tu Padre, me dijo e insistió como
el más blando de los siervos, ¿puedes hacerme
un favor?
—¿Cuál?, interrogué turbado.

—¡Átame las manos!

CÍRCULO Y

la huida

1

A la derecha,
un sembradío de amos alardeando.
Detrás,
un río de perros
arrodillados.

2

N: —¡Mis pichones!
Y: —¡Les han llagado!
X: —¡Y crucificado en la cima
y en la sima de la tierra!
Z: —¡Esta clase de ritos terminará
por matarnos!

3

Habíamos mirado las cadenas reflejadas
en los ojos de los amos.

Habíamos olido la sarna en el pelaje muerto
de los perros.

Habíamos oído el piar deshauciado
de los pichones.

Vociferamos y huimos inconsolables
ovillados a la mancha de los hombres
sin sombra.

CÍRCULO APOCALÍPTICO

el conjuro

1

Como lobo bebías la noche a orillas
del nicho.

Suplicaste:

—Compartamos el tiempo antes
de morir.

La luna giraba como hostia por encima
del conjuro
y los hombres, a tientas,
nos hacían señales.

2

Brazos de humo ausentándose
hacia donde se abrían los cielos.

Cautiva del sortilegio te dije:

—Roguemos.

El ocaso detonaba como colmena reseca
y la carga del silencio olía a tu piel
de lobo en celo.

CÍRCULO AMPUTADO

la cría amputada

Y los deformes cuerpos abrieron en canales:
—¡Están por parirnos, no tenemos brazos ni piernas.
Nuestro cráneo destapado es lo que asoma!

Y la madre-tierra, horrorizada,
empujando las mulleras blandas hacia su nido ventral,
clamó a cuanto Dios se le vino a la cabeza:
—¡Atajen este aborto, aún puedo retenerlos
en la oscuridad placentera de mi jaula!

—¡Imposible!, gritaron los Dioses, (los Blancos y los negros).

—¡Imposible!, machacaron dolientes: «Los ayacúas
tienen las cartas echadas».

CÍRCULO PARUSÍACO

Dijo: —Escribe en tu diario lo que veas. Chile es buen ejemplo de Parusía.

segunda loncón

1

Segunda Loncón, payadora de las causas
perdidas
era ciega de nacimiento.
Con la amargura digna del siempreverde
solía entonar letanías a las puertas
de la Casemita.
Con los ojos llenos de noche
la mujer avellanada tarareaba
como si Dios plantara un palqui:

—Liq
 líqui
 líquido
 líquidodolor
 liquidador de mis ojos.

Alrededor del cautivador trinocanto
de Segunda,
los indígenas se hincaban para oírla.
Las cuerdas de la india se elevaban a tal punto
sobre el cielito de Chile,
que la flora silvestre del Valle Central
anudaba a su baile
el ritual de la milagrosa salvación de su pueblo.

Habitando el alma de los indígenas,
 la de flora silvestre
 y a hombros del atormentado cielito de Chile,
 Huenu, el dios-padre-indígena de Segunda Loncón,
 pudo apreciar el espíritu santo que se aposentaba
 en el corazón verde de la
 invidente.

Y Huenu preguntó a Segunda Loncón
 desde su medio altura:

—¿Quieres ver?, necesito a tus ojos
 en íntima levitación con el piadoso
 canto,
 que es de propia mano para lograr,
 el tono magistral de los menos-
 cabados
 —¿Quieres ver?
 —¡Sí!

De esta suerte Huenu
 cogió los verdes ojos del Valle Central
 y los depositó en las cuencas vaciadas
 de la cara
 de Segunda Loncón.

Ante los ojos maravillados de Huenu
 la indígena gritó:
 —¡Veo!

Entonces Huenu vació en arcilla su ruego:

—¡Salva a tu Tribu!

y para que no se repita la

in

humanidad de las civilizaciones, escribe en tu diario

lo que veas:

—CHILE ES BUEN EJEMPLO DE PARUSÍA

el que Es, el que Era y el que Viene

1

El Valle amarilleaba.

Rostros pegados a la petrificación de un grito
revelaban las malditas semillas del Poder.

Grito negro del hombre a quien,
el que Es, el que Era y el que Viene, según la conseja,
echó del Paraíso diciendo:

—¡Vaya, comieron la manzana!

(La ilegal manzana que en medio del derrumbe
comía

la indígena aparecida de entre los des-aparecidos).

—¡India ignorante!, ¿No ves tu largo angosto valle de las lágrimas?

—Sí.

—¡Miserable!, ¿No entra en tu cabecita que esta precaria franja

(con forma y fondo de espada)

podría salvar a tu Tribu y con ello mi reputación de Supremo Creador

si evitaras comer de ese fruto prohibido?

—No, respondió Segunda Loncón algo asustada...

—Y entonces, ¡Oh infeliz!, por qué no me consultas antes de comer?

—Primera vez que te veo Divino, ¿Divino te llaman?

—¡Padre Dios Todo Poderoso Creador del Cielo y de la Tierra!

—¿Eres Tú?

—¡Claro!, ¿No has leído la Biblia?

—No.

—¿Cómo?, ¿Te oigo bien acaso?

—Sí, bien oyes mi Señor, ya que si te refieres a un Libro Sagrado, sólo conozco el de mi Tribu.

—¿Dónde está?

—Vive en las bocas de los indígenas: Mi abuela lo relató a mi madre, mi madre me lo contó y yo deberé narrárselo a mis hijos.

En este Testamento nuestro padre-dios es Huenu, el que me dio la manzana

cuando estaba yo muerta de hambre: —«Es sagrada, me dijo,

limpiará tus dientes y te vitalizará

para la santa cría de la redención.»

el apesarado

1

—¡Ay de mí, ay de ti, ay de ti, ay de mí, ay!
clamó el Admirable Blanco.

A la queja, dos manos milenarias brotaron
del vientre de la india y fueron a parar
a los ojos extraviados del Divino:

—No sufras, le dijo la mujer y luego
lo cubrió.

En el apareamiento, Segunda Loncón sintió
cómo la sangre blanca del infortunado

Todo Poderoso

dañaba sus vísceras e inflamaba sus arterias

(Sin embargo,

las aceptó con humildad y gracia de Pura).

—Estás pálido, comentó la india.

—Sí.

—¿Quieres comer de mi manzana?

El Malaventuradopoderoso asintió con la cabeza.

Mientras engullía el fruto
los ojos del Dios parecieron reblandecerse
y la pregunta saltó amistosamente
de entre su espesa barba blanca:
—Dime Segunda, ¿Cómo sobreviviste al exterminio?
—Cuando se abrió el Valle
me asusté del fratricidio.
Los óvulos de las conciencias orbitaban como ayacúas.
Los huesos humeaban al rechinar de los oráculos.
Hombres de bronce, como vampiros grises,
bebían la sangre de sus hermanos y las bocas de los deudos
gritaban
y sus pupilas, como soladas rojas,
desbordaban en lloreras.
En el firmamento, feas estrellas volaban
con apetito carnívoro
y sobre la tierra las tapas de todos los sepulcros
se abrían para recibir al ciudadano del valle que
como uva negra
caía reventándose en el fondo.
Era preciso huir,
la huella terrosa del Andes no se había removido.
La alternativa me la facilitó Huenu quien me dijo:
—Ven y mira.
Y fui y miré y he aquí que hallé un hueco profundo
que me llevó al cielo de la resurrección.

Retrocedí,
cogí a Jesús Colihuinca —mi hijo—
y junto a mi esposo José corrimos a refugiarnos al
arení
que es el sol de la cordillera.
Allí,
entre apagones y lumbre
esperamos a que el quillén alzara su bandera blanca.

—¡Y aquí estamos, concluyó la india,
por el golpe todo el cuerpo en traumatismo
pero vivos al fin y al cabo!

—¡Tu redención es la mía Evadánica!,
gritó el Dios Padre Todo Poderoso con una alegría
que parecía el llanto de un recién nacido.

—¿Evadánica?, ¡Segunda Loncón, mi señor!,
repuso con humildad y regocijo la indiaparecida
de entre los escaupiles del Andes re-creado.

CÍRCULO Z

EXALTACIÓN

SOBRE ESTE LIBRO SE HA DICHO:

Prólogo a la primera edición, 1988:

(...) Este lenguaje urgido desde cada palabra busca su diseño de mundo y el registro que halla es el acontecimiento nucleado en una situación iceberg. Así una intertextualidad armada con la concurrencia formularia de ancestro bíblico, de perfiles orientales precisos, y con los trozos quebrados del mito y la contingencia de la autoctonía indígena, marcan este acontecer poético con los signos de la angustia ontológica, del reconocimiento-desconocimiento de las raíces, de la urgencia opcional inasible por un más acá inescrutable.

Es una poesía enmarcada por una red de títulos, a su vez enmarcados por enmarques mayores, que se constituyen en sistemas que determina el ángulo, distancia, matiz acotador de su semantividad. De esta forma, este libro se revela como un horizonte constituido por diversos círculos que acogen la experiencia de diversas modalidades de acontecer la agonía, el trayecto personal y comunitario, desde la arqueología hasta la escatología. Poesía sentida con necesidad que respira por la herida de la vida menesterosa de un sentido que hay que atender, que no puede esperar. Aquí la vida se atiende desde la poesía, una poesía enmarcada con la nostalgia y la esperanza de los círculos que simbolizan reminiscencias y proyectos de plenitud.

Fidel Sepúlveda Llanos

Doctor en Filosofía y Letras Universidad Complutense, Madrid

Profesor – Investigador, PUC

(...) No sólo revela “El buen uso y riqueza del lenguaje” (...): nos habla además de la condición humana y de su agonía; y en este caso, de algo que no por lejano deja de estar con nosotros. Creo que pocos poetas han explorado las consecuencias del trauma que provocaron algunos hombres blancos en el sur de América. (Las cabezas y las orejas de los onas, por ejemplo, se vendían a buen precio en Londres).

Desaparecidos ellos desaparecieron también los antiguos nombres, y con los nombres la memoria de los antepasados y los dioses. El universo mítico se derrumba; las cosmogonías se desvanecen; las leyendas se hunden en esas geografías desoladas, gélidas, lluviosas. De aquí, por ejemplo, el tono elegíaco de las palabras de Rosa Yagán: ‘Ahora’, dice ‘no tengo con quién conversar de nuestras cosas. Los paisanos de Ukike no quieren saber nada de su raza. Son descendientes de yaganes pero ya perdieron la sangre. Muy pocos hablan su idioma, y nosotros lo vamos olvidando. Se perdieron’, agrega, finalmente, ‘los antiguos nombres que los yaganes dieron a cada parte del mar y de la tierra en su territorio’. Astrid Fugellie nos habla de los ‘nombres’ de frío, de ‘música de piedra’. Uno de los personajes por ella creado cuenta que se ‘me han endurecido las palabras’. Los dioses se han marchado. Cuando uno lee los textos yaganes, onas y alacalufes, se siente que están dominados por la sensación de un fin inminente. (De idéntica manera resuenan los poemas mayas, aztecas en incas). Y ese Apocalipsis se hace más nítido cuando en sus invocaciones se sumergen en el cosmos, que siempre parece amenazante. El universo se ha dividido en dos mitades, y una de ella ha de morir. (...)

Palabras de Miguel Arteche a la entrega del Premio Academia Chilena de la Lengua a Astrid Fugellie, por “Los círculos”, 1989.

En “*Los círculos*” Astrid Fugellie intenta abarcarlo todo o casi todo; en este macizo conjunto (que también puede considerarse un solo poema, está lo confesional íntimo y también lo mítico y lo épicamente bíblico, concentrándose en un solo impacto poderoso que Astrid Fugellie asesta en cada página.

Polí Délano

Una de las características de la primera parte de este poemario lo constituye la importancia dada a la voz, al aliento, como un aliento fundacional, que funda vida. Desde cuerpos fragmentarios amputados, diluidos en la sombra, el aliento produce texto e historia. Es primeramente: (...) fortaleza bramando en el din de la vida / el don de la muerte (“el gran círculo”); es (...) aullido echado en los cuerpos / como un pájaro negro en postura de anclar el grito / Grito por donde me largo / a redimir / la malasombra del hombre (“el pequeño círculo”).

En estos primeros poemas la acción de parir es oral, es boca que vomita, arroja aire / palabra / vida hacia el espacio universal: Me vomitaron y después dijeron: -¡Salud!, hasta que te crezcan gusanos y flores (“La des-hollada”).

Zulema Moret

Escritora y Académica.

Los círculos de Astrid Fugellie es uno de los grandes libros de la poesía chilena de las últimas décadas. Publicado en Chile en plena dictadura militar, las voces aquí nos recuerdan el origen oral de toda poesía al mismo tiempo que, como Rulfo, como Faulkner, como Arguedas, recupera y construye un sonido, el del sur de América: de sus pueblos originarios, de sus soledades, de sus sometimientos, que para los nuevos lectores de poesía pasará a ser también una de sus patrias. Ese universo de palabras, de murmullos y conversaciones, le devuelven a la poesía la concretud de un espacio haciéndola parte de ese gran memorial del lenguaje donde los seres humanos recuperan la dignidad de sus palabras arrebatadas. Lo prodigioso en Astrid Fugellie es que esas palabras no solo nombran, sino que son en sí llanuras, extensiones, geografías, que se entrecruzan para levantar un diálogo general de todo con todo, un gran conversatorio de todas las cosas con todas las cosas, de los seres humanos con los paisajes, de la vida con la muerte, del sacrificio con la inmensidad de aquellas cosmovisiones arcaicas que renacen permanentemente en el rito inmemorial de la gran poesía. *Los círculos* nos habla así de una plenitud contenida dentro de ellos y de su violación también permanente por la lengua que fue impuesta, de los dioses que duermen allí dentro y de su inmanente presencia, de pueblos enteros y, al mismo tiempo, le otorga al castellano la pureza de un dolor, de un desgarró y de un mestizaje cuya potencia no se había escuchado antes.

Raúl Zurita

La invención de neologismos para intensificar la expresión poética acompaña la estructura dialogal del libro, donde se tematizan las obsesiones reconocidas por la autora. En su universo deambulan mujeres de dulce voz, todas ellas nativas patagónicas y mapuches; se enfrentan al Dios blanco Todopoderoso y Huenu, el temeroso dios indígena; es posible el apareamiento entre la muerte y la vida, o incluso de una desvalida y el mismo Dios.

Carolina Merino Risopatrón

Proyecto Fondecyt: Generación del 70: Antecedentes y Proyecciones.

Ástrid Fugellie Gezan (1948), una de las voces más trascendentes de la actual poesía chilena escrita por mujeres y perteneciente a la generación de 1972. Sus libros (...) *Los círculos* (1988) (...), entre muchos otros, la convierten en la exponente femenina más relevante de la lírica chilena de origen croata. Con una fuerte preocupación por lo étnico, por la tragedia de los pueblos indígenas de Magallanes y de Chile entero, su obra se alza como un grito desgarrado donde la poeta asume el dolor colectivo para dolerse descarnadamente por su tierra herida.

Prof. Dr. Andrés Morales Mihlonic, académico y poeta

Universidad de Chile,

Universidad Finis Terrae

Me propongo hablar aquí sobre *Los círculos* (1988) de Astrid Fugellie Gezan, una poeta de amplia trayectoria y cuya vasta obra poética raramente aparece registrada en las antologías autorizadas.

El poemario, quizás uno de los más herméticos de Fugellie, ganó el premio Academia Chilena de la Lengua en 1989 y es el resultado de ocho años de trabajo que tienen como marco contextual la represión de la dictadura militar de esos años. Esto explica el hermetismo del código poético; el decir sin decir para eludir los mecanismos de censura del régimen que hacían precaria la producción escritural de la época. De este discurso subversivo emerge una conciencia poética que se hace cargo de la Historia. “*Los círculos*” trascienden la dimensión denotativa para vestirse de significaciones universales para aludir a aquello “que no tiene principio ni fin, que va ascendiendo y repitiéndose como una espiral. El círculo traza el límite con la muerte y la vida comienza con la muerte”, como nos dice la autora.

Pero, los círculos también se asocian a la repetición de la historia, a esos períodos de violencia y estabilidad, de relativa libertad y de censura que han caracterizado el desarrollo de nuestro continente y que ponen al escritor frente a la disyuntiva del silencio o la resistencia. En otro nivel, los círculos pueden leerse como la intención de dar una organización geométrica al universo privado, en oposición al caos que ofrece el referente. Los años 80, tiempo que marca el génesis de *Los círculos*, son los años de una escritura vigilada, en los que la autoridad se apropia del lenguaje y sus circuitos, excluyendo cualquier forma de disidencia o discurso políticamente “contaminado”. Dentro de la incertidumbre contextual, el poemario de Fugellie constituye un esfuerzo desesperado por ordenar una realidad que sólo puede controlar en el universo de su creación.

Los círculos es una obra poética de dimensiones totalizantes, producto de la exploración de la escritura de un sujeto femenino que se ha planteado como repertorio temático lo proscrito.

Prof. Carmen Galarce,
Otterbein College, Westerville, OH

Cerramos este análisis de **la posición política de la mujer del nuevo ciclo femenino de la mujer chilena** (mujeres poetas de los 80), con el poema “América Carinegra” de Astrid Fugellie (ver. p....)

La poeta de Punta Arenas sintetiza las relaciones entre los gobiernos de los Estados Unidos y América Latina en esta alegoría que divide el continente entre el “Norte” y el “sur”, entre el poder que compra y la traición que vende patrimonios nacionales. A la hora de “la muerte de los cuerpos” –referencia que alude a la matanza en el Palacio de la Moneda- los cancerberos de bronce se retiran a mirar desde un lejano hemisferio el sacrificio de Latinoamérica.

(...)

Nueva dimensión religiosa.

Astrid Fugellie (...) se aleja del dualismo tradicional cielo-infierno, para hacer de Dios cómplice del delito infernal:

*Los magos son de luna y la luna
almuerza con Dios y su aquelarre*

En imagen irreverente, el dios de la poeta celebra el festín de los infiernos. Y en su poema “El poeta” ella pregunta:

-¿No has pensado en tu pueblo?

La respuesta confirma el abandono de Dios:

*Sobre el pecho de la tierra
fluían las lloreras del mal comer.
Uno, diez, cien, mil hombres en
mutable estado de necesidad morían.
-No lo había pensado, repuso el creador,
cabizbajo.*

Como en el Gran Inquisidor, el dios de Astrid Fugellie acepta su pecado, mientras sobre la tierra, una humanidad gigante atraganta su hambre no redimida.

Igual culpabilidad divina aparece en “Mariagua Mediagua”. En un diálogo de limpieza tersa que nos recuerda las mejores líneas de la literatura bíblica, la poeta conversa con Jesús. (ver poema en p.).

Franklin Proaño, La Poesía Femenina Actual de Sudamérica, Las poetas chilenas, Scripta Humanística, The Catholic University of America, Maryland, U.S.A.1993.

Más que un libro, Los círculos de Astrid Fugellie, se trataría de un solo gran poema desplazándose en distintos ritmos: un poema trabajado desde varios puntos de vista; una realidad enfocada desde esas dimensiones que le permitieron como consecuencia la estructuración de un macrocírculo, continente del universo con todos los bemoles de la vida y la muerte, con toda la sutileza del bien y del mal, el conocimiento y la barbarie.

(...)

Todo el drama patente en este libro –visualizado como círculos que emergen uno del otro al estilo de las cajas chinas- se apoya en una original voz sentenciosa que emerge solitaria desde el extremo inferior de la página en un tono entre bíblico y profético asumiendo una función semejante a la utilizada en la tragedia griega a través del coro, con el fin de dar la pincelada definitiva a un destino misérrimo: Dijo. –Los Heraldos Vallejanos, el Hamlet doloroso y todos los escritos de hombre y todo lo maldito de Dios logran su vigencia en esta larga y angosta faja de tristeza.

Teresa Calderón. Literatura y Libros, Diario La Época, 8de octubre de 1989.

Como una maga de su pueblo, Astrid Fugellie, habla desde un tiempo sin tiempo o desde después del tiempo. Escritura lacerada en que sangre y amor caminan hasta conformar el encerramiento del hombre y su universo, esto es donde se tocan los extremos de oscuridad y poesía, en cualquier tramo de lo circular.

(...)

Ella escribe desde dentro y desde fuera. Desde lo lejano y desde sí misma. Va trenzando la gramática en un decir de oráculo, tejiendo y destejiendo su esperanza y su denuncia. ¿A quién espera? Como testigo de oídas, casi presencial, porque su intuición y su conciencia reviven el drama de la aniquilación de los aborígenes de los canales y Tierra del Fuego, su círculo poético se ensancha como una preñez en el sentido religioso plural del diálogo de los dioses de antes y de ahora. Escritura que posee ese sentido mítico y trascendente, abismante y alto, ancestral e infernal, para constituirse en una especie de archivo del juicio final apocalíptico. Los círculos nos atrapan y nos protegen. Son la geometría del horizonte humano, anillando espirales para llegar a lo Alto.

Manuel Francisco Mesa Seco. Notas Literarias, El Heraldo, Linares, 1989.

Un halo misterioso fragmenta los poemas de Astrid Fugellie y obliga al lector a recomponerlos de modo convencional para desentrañar toda su intención... Y es que a la hermosa poetisa no le bastan las palabras usuales ni los personajes que se mueven en el mundo de los vivos , ni tampoco le interesa especialmente el tiempo preciso en que actúan. La historia se teje de lejos y a veces entre fantasmas “Ocurría todo esto en tiempos remotos, / si bien a lo remoto se le puede dar un nombre” habla con religiosidad ; pero bajo el epígrafe “El arte de llevar de la barba a sus muertos”, traduce por boca ajena el sortilegio nativo: “Qué pasa si uno el mundo de los hombres con la armonía de las almas en pena?”

Horacio Hernández Anderson. Buenas tardes, Diario La Estrella, 1990.

Estos círculos no son propiamente dantescos, aunque sí dramáticos. Anillos, más bien de prisión, de suerte gris y vagidos ancestrales. Los hombres y mujeres transitan en sus márgenes y, sea al modo de burbuja o de celda, cada círculo es un matiz, la situación exacta en el tiempo del corazón y de la historia. Dentro de ellos la voz de los muertos no se pierde, sino más pronto afina inflexiones.

Sansón Carrasco. Fortín Mapocho, 28 de mayo 1989.

